

# KIERKEGAARD Y LA IRONÍA

Rodrigo Figueroa Weitzman  
Universidad Andrés Bello

## 1. El concepto

**RI** Bajo la influencia de Hegel, y en la que se encuentran afirmaciones como las siguientes: “Ut e dubitatione philosophia sic ab ironía vita digna, que humana vocetur, incipit” (“Así como la filosofía comienza con la duda, la vida digna de ser llamada humana comienza con la ironía”... Kierkegaard 2000, p. 77), *El concepto de ironía con referencia constante a Sócrates* fue una tesis escrita por Søren Kierkegaard con vistas a obtener el grado de magíster. Las primeras reflexiones en torno a este tema parecen haber sido escritas entre marzo y mayo de 1837. Dice Kierkegaard que “la lectura de una obra clásica, lo mismo que el trato con un ser humano plenamente maduro, transmite una calma y una confianza que no se encuentran en lo romántico, donde es como si viésemos a un hombre a quien le tiembla la mano al escribir, pues teme a cada instante que la pluma se le escape y haga algún trazo grotesco (Tal es la ironía latente). Éste ha de ser el punto de partida para el desarrollo del concepto de ironía; [allí] las grandiosas y fantásticas ideas se bastan a sí mismas, y la reflexión no ha perturbado la buena fe de esta posición; pero cuando uno advierte que las cosas no son así en el mundo, y puesto que no es posible que uno renuncie a sus grandes ideales, cabe sentir que el mundo, en cierto modo, se burla de uno (ironía en sentido romántico, pues lo precedente no era romántico, sino satisfacción bajo la forma de proeza); (esta ironía es la ironía del mundo respecto del individuo singular, y es diferente de lo que los griegos llamaron ironía, la cual consistía, precisamente, en la irónica suficiencia que hacía que el individuo particular flotara por encima del mundo, y que comenzó a desarrollarse al desaparecer la idea del Estado, es decir, con Sócrates; en cambio, en la posición romántica, donde todo es aspiración, la ironía no puede darse en el individuo, sino que queda fuera de él; creo que esta diferencia ha sido pasada por alto); finalmente, la tercera posición, en la que la ironía es sobrepasada” (Kierkegaard 2000, pp. 68-69).

Con la ironía, Kierkegaard propone la primera de sus categorías existenciales, tras la cual vendrán la angustia, el salto, la fe, el absurdo, el momento. Trata primero la ironía por una motivación psicológica, el rechazo al sistema, el situarse fuera de éste y desde allí criticarlo. En este contexto, interesa resaltar si el concepto de ironía

se agota absolutamente en sí mismo, o si también hay otras formas de manifestación que deben ser consideradas para determinar si ha habido una plena comprensión del concepto. “Pero puesto que la ironía es una determinación de la subjetividad, ense- guida se advierte la *necesidad* de que haya dos *manifestaciones* de este concepto, las cuales cuentan asimismo con una denominación de la realidad. La primera, natural- mente, es aquella en la que *la subjetividad* impuso sus derechos *por vez primera* en la historia universal. Ahí tenemos a Sócrates, es decir, ahí se nos indica dónde ir a buscar el concepto en su manifestación histórica. Sin embargo, una vez que ha hecho su aparición en el mundo, la subjetividad no vuelve a desaparecer sin dejar rastros, el mundo no vuelve a sumirse en la forma previa de la evolución, sino que lo antiguo desaparece y todo es nuevo. Si ha de darse, entonces, una nueva forma de manifesta- ción de la ironía, será en la medida en que la subjetividad se imponga según una forma más elevada” (Kierkegaard 2000, p. 272).

Esta ironía es una especie de “personaje intrigante” que gusta bromear tanto a amigos como a enemigos; en el fondo, la ironía “no se toma la seriedad en serio” o, dicho de otro modo, dice seriamente algo que no es pensado como algo serio; y tam- bién lo pensado como serio lo dice bromeando. La superioridad de la ironía estriba en el hecho de que, si bien quiere que la entiendan, no quiere que se la comprenda literalmente; para ello disfruta del lenguaje metafísico, y desprecia al discurso que todo el mundo puede entender en el acto. Hay una cierta supresión de sí misma.

A su vez, cuando la ironía pretende que no se la comprenda de forma ordina- ria, que la gente común no la entienda, entonces se esfuerza por aislarse. “Cuando algún día mi amado venga, fácilmente verá que en la época en que se me consideraba como irónico, la ironía no se hallaba donde el ‘público altamente estimado’ pensaba. Había que buscarla, y eso no hace falta decirlo, porque mi amado no puede ser tan insensato como para creer que el pueblo puede entender la ironía, lo cual es tan impos- ible como ser individuo en *masa*, mi amado verá que la ironía estriba precisamente en el hecho de que dentro de este autor estético, bajo su apariencia mundana estaba oculto el autor religioso, el cual justamente en aquel tiempo, estaba desarrollando tanta religiosidad como en general basta para la provisión de toda una familia. Ade- más, mi amado verá que la ironía aparece de nuevo en relación con el próximo perío- do, y hay que buscarla precisamente en el hecho de que ‘el público altamente estima- do’ consideró como locura. En una generación irónica (ese gran conglomerado de insensatos) no le queda otra cosa que hacer al hombre irónico más que invertir la relación y transformarse en el blanco de la ironía de todos los hombres” (Kierkegaard 1980, pp. 83-84). Así entonces, el ironista adopta dos grandes posiciones: “*se identi- fica* con la aberración que quiere combatir, o bien se coloca en una *relación de opo- sición* con respecto a la misma, siendo siempre, naturalmente, consciente de que su apariencia es lo opuesto a aquello a lo que él mismo se atiene con firmeza, y goza satisfecho de esa disrelación” (Kierkegaard 2000, p. 277).

Por tanto, es notorio que el irónico conoce la vacuidad, la insustancialidad de cualquier exaltación. Y goza en soledad de esta falsificación absurda, aunque de él depende que no se descubra su impostura. “En todos estos casos, la ironía se muestra más que nada como aquella que concibe el mundo, que busca mistificar el mundo que

le rodea, no tanto para ocultarse ella misma sino *para hacer que otros se revelen*. Pero la ironía puede mostrarse también cuando el ironista busca *despistar al mundo circundante* respecto de sí mismo” (Kierkegaard 2000, pp. 278-279). El irónico obtiene lo que desea cuando confunde a la gente, allí está su goce. Por consiguiente, “la ironía implica una cultura intelectual específica, la cual es muy rara en cualquier generación... La ironía es absolutamente no social; una ironía que sea de la mayoría no es ironía. Nada es más cierto que esto, porque no entraña el mismo concepto. La ironía tiende hacia una persona como su límite, como quedó tan justamente establecido por el dicho aristotélico de que el hombre irónico lo hace todo ‘en atención a él mismo’” (Kierkegaard 1980, pp. 76-77).

Pero la ironía no es una sola. Kierkegaard establece una diferencia entre lo que cataloga como “ironía ejecutiva” y la que llama “ironía contemplativa”. La primera se da en un contexto limitado, finito, tiene un carácter de expresión momentánea y apunta a que, como la ironía mantiene la relación de oposición en todos sus diferentes matices, aparece como lo mismo que la simulación, aunque hay diferencias, porque “la simulación designa más bien el acto *objetivo* en el que se consuma la disrelación entre la esencia y el fenómeno; la ironía designa además el goce subjetivo, a través de las ataduras en las que lo retiene la continuidad de las circunstancias de la vida; por eso puede decirse también que el ironista se desata” (Kierkegaard 2000, pp. 282-283). Además, a diferencia de la simulación, la ironía no tiene ninguna intención; dicho de otro modo: su intención es inmanente a ella misma en cuanto es metafísica; es la ironía misma. Sucede, por tanto, que es fundamental para la ironía tener un exterior, que es lo opuesto a lo interior; ella no es lo mismo que la hipocresía (ésta es moral y el hipócrita intenta parecer bueno pese a ser malo). En cambio, el irónico trata de parecer alguien distinto a lo que es; oculta su burla en seriedad y su seriedad en burla; o incluso, aparenta ser malo pese a ser bueno, situación que no deja de ser sorprendente y que conduce a ciertas confusiones.

Por otra parte, existe una actitud irónica propia de la observación del individuo irónico. La ironía contemplativa se relaciona con que “la ironía es la mirada segura frente a lo torcido, lo equivocado, lo vano de la existencia. En tanto es capaz de percibir esto, podría parecer que la ironía es lo mismo que la *burla*, la *sátira*, el *ridículo*, etc. Es natural que se parezca a estas cosas, puesto que también ella presta atención a lo vano; pero se retracta en el momento en que va a hacer su observación, puesto que no aniquila lo vano, puesto que no es lo que la justicia correctiva sería con respecto al vicio, ni tiene el carácter reconciliador de lo cómico, sino que *confirma* más bien lo vano en su vanidad, hace que lo erróneo resulte aún más erróneo. Esto es lo que podría llamarse el intento de la ironía por mediar los momentos discretos, no en una unidad superior, sino en una locura superior” (Kierkegaard 2000, p. 283).

Siguiendo este juicio, aparece en el pensamiento del escritor danés una afirmación importante. La ironía no es lo mismo que la duda; mientras ésta es una “determinación conceptual”, la ironía es una actitud a priori, en gran medida práctica y es un “ser para-sí de la subjetividad”. En este sentido, la ironía no se ocupa del asunto tratado, sino en una buena medida lo hace de sí misma. Ella intenta que el sujeto se sienta libre, aun sabiendo que detrás del fenómeno debe esconderse algo distinto de

lo que hay en el fenómeno. “En la duda, el sujeto está siempre queriendo acceder al objeto, y su desgracia es que el objeto está siempre escapándosele. En la ironía, el sujeto está siempre queriendo apartarse del objeto, y lo logra en tanto que toma a cada instante conciencia de que el objeto no tiene realidad alguna. En la duda, el sujeto es testigo de una guerra de conquista en la que todos los fenómenos son aniquilados, puesto que se supone que la esencia está siempre detrás de los mismos. En la ironía, el sujeto está siempre retrocediendo, impugna la realidad de cada fenómeno a fin de salvarse él mismo, es decir, a fin de preservarse él mismo en la negativa independencia respecto de todo” (Kierkegaard 2000, p. 284).

Tampoco la ironía es similar al recogimiento. El alma que se recoge proclama la vanidad de las cosas, incluso a sí misma, en la medida en que son obstáculos para que lo eternamente subsistente se haga patente. “En la ironía, en cambio, puesto que todo se hace vano, la subjetividad se libera. Cuanto más vano todo, tanto más leve, tanto más despojado, tanto más fugaz se vuelve la subjetividad. Y mientras que todo se vuelve vanidad, el sujeto irónico *no* se vuelve vano *él mismo*, sino que redime su propia vanidad” (Kierkegaard 2000, pp. 284-285).

Pero no todo se vuelve vanidad, sino que también en la ironía todo se vuelve nada. Hay una nada especulativa, que es aquella que a cada instante desaparece ante la concreción; existe una nada mística que es la nada para la representación; y una nada irónica, que es la quietud de la muerte bajo la cual la ironía retorna como un travieso espectro.

En Kierkegaard la ironía posee un carácter hondamente negativo, en el sentido de que no afirma, sino más bien niega. Dice él lo siguiente: “He ahí, pues, la ironía en tanto que *negatividad infinita y absoluta*. Es *negatividad*, puesto que sólo niega; es *infinita*, puesto que no niega este o aquél fenómeno, es *absoluta*, pues aquello en virtud de lo que niega es algo superior que, sin embargo, no es. La ironía no establece nada, pues aquello que debe ser establecido está detrás de ella” (Kierkegaard 2000, p. 287).

Continuando su argumento, insiste Kierkegaard en la idea de que la ironía “es una *determinación de la subjetividad*. En la ironía, el sujeto es *negativamente libre*, pues falta la realidad que le proveería un contenido; el sujeto es libre de las ataduras con las que la realidad dada retiene al sujeto, pero es *negativamente libre*, y como tal, puesto que no hay nada que lo retenga, queda suspendido” (Kierkegaard 2000, p. 287).

Así entonces, para Kierkegaard la ironía se desarrolla cabalmente cuando el hombre irónico toma conciencia de su ironía y, debido a ello, se siente *negativamente libre*. La ironía se manifiesta en cuanto la subjetividad aparece: “*es la primera y la más abstracta determinación de la subjetividad*” (Kierkegaard 2000, p. 289). En Kierkegaard, que alguien observe irónicamente la realidad no implica que actúe del mismo modo. Pero cuando alguien está correctamente situado, solo entonces la ironía cobra su legítima significación; su verdadera vigencia y actualidad. Ella es un requisito de autenticidad. No es posible una vida genuinamente humana sin la ironía: “*La ironía limita, finitiza, restringe y de esa manera proporciona verdad, realidad,*

*contenido*; la ironía *disciplina y amonesta*, y de esa manera proporciona *solidez y consistencia*. La ironía es un celador temido solo por aquel que no lo conoce, pero amado por aquel que lo conoce. Aquel que no entiende nada de ironía, aquel que no tiene oídos para sus susurros, carece *eo ipso* (por eso mismo) de lo que podríamos llamar el *comienzo absoluto de la vida personal*, carece de aquello que es a veces imprescindible para la vida personal, carece de ese baño renovador y rejuvenecedor, de ese bautismo purificador de la ironía que redime el alma de su vida en lo finito, por más que esa vida sea intensa y vigorosa; no sabe cuán refrescante y reconfortante es, cuando el aire se torna demasiado opresivo, desvestirse y lanzarse al mar de la ironía, no para permanecer en él naturalmente, sino para volver a vestirse indemne, ligero y satisfecho” (Kierkegaard 2000, p. 339).

No solo la vida auténticamente humana no es posible sin la ironía, sino que ésta, al igual que el sentido del humor, son fundamentales para cualquier individuo. Hay diferencias entre el humor y la ironía; pues el primero comporta un escepticismo mucho más profundo que el de la ironía; ya que se trata de la pecaminosidad y no de la finitud; “el escepticismo del humor se relaciona con el de la ironía de la misma manera que la ignorancia se relaciona con la antigua sentencia: *credo quia absurdum* (creo porque es absurdo); pero comporta asimismo una positividad mucho más profunda, pues las determinaciones con las que se maneja no son hermanas sino teándricas; no le basta con convertir al hombre en hombre, sino que quiere convertir al hombre en Dios-hombre” (Kierkegaard 2000, pp. 341-342). El filósofo danés afirma incluso que “(entendido rectamente) entre yo y la risa hay un entendimiento secreto y dichoso. Yo soy (rectamente entendido) amigo y amante de la risa, y en un sentido (es decir, con toda seriedad) mucho más auténticamente que los demás, todos esos miles y miles cuando se convirtieron en irónicos y yo (irónicamente) fui el único que no entendía la ironía” (Kierkegaard 1980, p. 138).

Esto es importante porque en *El concepto de ironía*, Kierkegaard intenta responder sobre lo que significa ser un irónico propiamente tal. Para él, la ironía existencial ocupó un papel primordial en su arquitectura de las “esferas de la existencia” (la estética, la ética y la religiosa). La ironía es el confin entre lo estético y lo ético; y el humor lo es entre lo ético y lo religioso. En el estado estético hay pura inmediatez, ironía sin interioridad, espontaneidad, vida de sensaciones. Sus grandes prototipos son el goce de don Giovanni, la duda de Fausto y la desesperación del Judío Errante. Los tres se estancan en el instante fugaz y su fin es el placer. Son existencias inauténticas porque no hay una decisión que los comprometa. “El sentimiento trágico de la vida es la ironía kierkegaardiana. Para el filósofo danés se constituye el sujeto individual humano como una paradójica articulación de lo infinito con lo finito, de lo trascendente y lo contingente. La ironía supone la exigencia existencial de conjugar dos ámbitos mutuamente inconmensurables. Escindido entre dos reinos incompatibles, el ser humano sólo puede consumir su humanidad asumiendo la paradoja de su existencia, no tratando de resolverla o evitarla. La dialéctica kierkegaardiana es, como dice Torsten Bohlin, una dialéctica cualitativa propia de la existencia individual, por contraste con la dialéctica cuantitativa de raíz hegeliana” (Ramírez 1992, p. 15).

En la vida irónica existe un desapego radical de uno respecto de todo lo demás y del mundo circundante. Según Climacus (uno de los seudónimos de Kierkegaard), la ironía se ubica en una zona limítrofe entre la inmediatez y lo ético. Esta posición intermedia en la que uno está absolutamente dissociado de la propia inmediatez, sin identificarse con nada que no sea esta disociación, es la ironía. La persona inmediata es la que no se ha desapegado lo suficiente de su existencia dada y de sus búsquedas originadas de la noción de responsabilidad para que su manera de existir llegue siquiera a surgir.

Surge una interesante pregunta antes estos planteamientos. ¿Qué es lo que Kierkegaard pretende usando la ironía? La respuesta la da uno de los buenos estudiosos del autor nativo de Dinamarca, Marion Holmes Hartshorne: “Kierkegaard pretendía, mediante el uso de la ironía, demostrar que cualquier tentativa de explicar el misterio de la gracia divina, el misterio del amor de Dios por su hijo descarriado, conduce a una curiosa inversión. Creamos a Dios a nuestra propia imagen o semejanza, la imagen de un ingenioso maestro en la resolución de problemas, y no, como nos señala el cristianismo, aceptar la gracia divina a través de la iluminación por la fe. Kierkegaard no era antirracional sino, al contrario, un racionalista casi prototípico. Su vida fue una vida de pensamiento, pero sabía también que éste no puede sustituir a la fe. *Las Bagatelas* es una obra estética, repleta de ironía dedicada a quienes sustituyen el pensamiento por la realidad de la fe que proporciona la religión” (Hartshorne 1992, p. 81).

## 2. El ejemplo de Sócrates y la ironía verbal

El concepto de ironía irrumpe en el mundo precisamente con Sócrates. En él, la ironía constituía lo sustancial en su existencia. Para resaltar esta idea, Kierkegaard señala lo siguiente: “lo que vemos en Sócrates es la libertad infinitamente exuberante de la subjetividad, que es, la ironía” (Det er *Subjectivitetens* uendelige overgivne *Frihed*, vi see I Socrates man dette er netop *Ironien*.....Poole 1993, p. 56). Más aún, “la ironía es el principio de subjetividad negativa abstracta de lo infinito. El descubrimiento de este principio es atribuido a los sofistas, quienes lo actuaron sin saber lo que hacían, pero eminentemente a Sócrates, quien lo formuló como principio y lo practicó sistemáticamente” (Poole 1993, p. 58). Para Kierkegaard la ironía fue “la pieza clave de la pedagogía socrática: aparentar ignorancia para así invitar al juicio apresurado y luego, a través de sucesivas preguntas, revelar a quien creía saber, que no sabía, y así acercarlo a la verdad” (Hartshorne 1992, p. 21).

El hablante irónico se libera de la responsabilidad de que el oyente haya concluido lo que haya concluido. Mientras más uno hable así, con acertijos, más irónico es. Esta es la ironía en grado máximo, la cual Kierkegaard atribuye a Sócrates (es una “ironía verbal radical”). “Hablar de este modo es decir algo que puede interpretarse en una multitud de formas, sin intentar que el oyente lo haga de un modo particular. Lo dicho podría tomarse como una expresión de  $p$  o como una expresión de  $no p$  o como una expresión de  $q$ ; y a  $S$  no le importa cuál elige  $H$ .  $S$  está preocupado solo de

producir estos acertijos; y ya que se trata de acertijos, decirlos tampoco lo compromete, en el sentido de que no puede atribuírsele responsabilidad por haber dicho que *p*, o que *no p* o que *q*. Él no estaba expresando literalmente nada; si el oyente pensó que él estaba expresando o queriendo decir algo, es responsabilidad del oyente” (Cross 1995, p. 131).

Este distanciamiento, tanto de su mundo social como de los individuos que lo integran, convierte al irónico en alguien que se caracteriza por su falta de compromiso, aunque actúa como si fuese un sincero participante. Por eso, todo lo que realiza involucra una oposición extrema entre su comportamiento externo y su estado interno. Mientras, visto desde fuera parece ser un miembro normal de la sociedad, abrazando sus objetivos comunes, internamente, para él, todos estos objetivos, estos bienes, esta sociedad y sus miembros están por debajo de él y de la posibilidad de ser tomados en serio. En el fondo, repudia toda actividad humana y no le atribuye ninguna importancia. Por ejemplo, de Sócrates, Kierkegaard dice: “En cierto sentido, fue revolucionario, pero no tanto por haber hecho algo sino por no haberlo hecho; no fue partisano o líder de una conspiración; su ironía lo salvó de eso, porque del mismo modo que le quitó la simpatía cívica debida al estado, el debido pathos cívico, también lo salvó de... ser un partisano. Mirada en perspectiva, su posición era demasiado aislada en lo personal, y cualquier relación que contraía tenía lazos demasiado débiles como para resultar... Se situó irónicamente por encima de cualquier relación... su conexión con cualquier individuo era sólo momentánea, y él mismo estaba suspendido en lo alto de una irónica satisfacción” (Cross 1995, p. 135).

Sócrates no hace más que fijar la *eironeia* como su primer punto de su método de razonamiento. Al ver los “Diálogos” de Platón, es notorio que Sócrates elogia la (supuesta) sabiduría de su interlocutor, y le manifiesta alguna duda para que éste se la resuelva. Después Sócrates muestra de manera irrefutable lo insatisfactorio de la respuesta del sujeto interrogado por él. “La proyección de la dualidad *iron/alazon* en estas discusiones es muy evidente: mientras que el sofista pretende ingenuamente saber algo, Sócrates en cambio disimula su conocimiento real sobre el particular. Al poner de manifiesto las contradicciones de su adversario, los asistentes al debate rompen a reír al observar la distancia que media entre la cordura aparente del sofista y su ineptitud real. Quien finge saber, no sabe, y quien finge no saber, sabe. El público necesariamente tomará partido por este último personaje, puesto que no parece hablar en beneficio propio, ni se jacta de su superioridad sobre el oponente. Habla, en cambio, como poniendo en cuarentena toda falsa presunción, lo que impide hacerle antipático a los ojos de quienes le observan” (Ballart 1994, p. 41).

Sócrates tuvo en la ironía una disposición que se extendió a la totalidad de su vida, pues su ironía “tenía la finalidad de criticar la ingenuidad racionalista de los contemporáneos, y procuraba así salvar la sabiduría, asegurar los fundamentos del conocimiento racional” (Tovar 1984, p. 404).

Sócrates es para Kierkegaard el gran maestro de la ironía. Y maestro tiene la connotación de ser alguien que no solo entrega conocimiento (en el caso de Sócrates no es claro, ya que él no enseña la verdad, sino que humildemente confiesa su desconocimiento, pero al mismo tiempo descubre la falsedad o el error de aquellos que creen

saber lo que realmente no saben). Referirse al filósofo griego es dar un testimonio elocuente de ejercicio irónico. Sin la figura de Sócrates, la ironía no tendría la altura ni la trascendencia que posteriormente alcanzaría. La relevancia moral de Sócrates, acrecentada con su muerte, da mayor valía a todo su accionar, del cual resalta su permanente convivencia con la ironía. Esta unidad entre el personaje y su vida irónica marca todo el desarrollo posterior de la ironía. La filosofía encuentra en la ironía socrática una forma de enfrentarse al mundo, un intento de atrapar la verdad similar al afán por desprenderse de cualquier aparente conocimiento.

La ironía en Sócrates es una especie de herramienta connatural al diálogo que establece con sus distintos interlocutores. Sócrates ensalza, interroga y luego desnuda la ignorancia de su oponente verbal. Las sutilezas de su pensamiento y de su oratoria quedan expuestas en su cotidiano hablar. La figura de Sócrates, irónicamente modesta en su conducta, se acentúa como la de un hombre extremadamente libre en el cual se da un íntimo vínculo entre su comportamiento, su pensamiento y su decir.

Esa libertad de la persona irónica, como la de Sócrates, por ejemplo, que no teme decir lo que piensa, ni enfrentarse con ello a su época, aunque eso le obligue a actuar en consecuencia, se muestra en otro aspecto digno de destacar en la concepción del pensador de Copenhague. Según Andrew Cross, Kierkegaard más que comentar sobre la ironía, hace un frecuente uso de ella, así como de otras formas de habla indirecta. Del filósofo escandinavo se ha escrito bastante sobre la concepción y el empleo de la ironía verbal, pero ha quedado en un segundo plano su visión de la ironía como una forma de vida. No debemos olvidar que para Kierkegaard, así como para sus contemporáneos, la ironía no es básicamente un modo de habla, sino más que nada una forma especial de involucrarse en la actividad social (interpersonal) en general: tanto el habla como la escritura solo son actividades que pueden formar parte de la ironía.

Kierkegaard pasa de la examinación de lo que significa hablar irónicamente para llegar a determinar la naturaleza del vivir irónico, manifestar en la propia vida, incalificadamente, las actitudes y el tipo de orientación hacia el mundo que constituye la ironía. Para él, la ironía implica una especie de oposición o contradicción entre el estado interno del sujeto irónico y su comportamiento externo. Recordemos que la interpretación común es señalar que el decir irónico intenta expresar lo contrario del significado literal dicho. Según Kierkegaard una adecuada interpretación de la ironía verbal debe satisfacer dos condiciones: primero, la oposición que plantea entre la apariencia del hablante y su estado interno no debe ser solo superficial o “autoanulante”, la segunda es que la oposición así planteada no debe ser tal que elimine la distinción entre la ironía verbal y una mentira. “La ironía como figura del lenguaje posee una propiedad que caracteriza todo tipo de ironía, una cierta superioridad que deriva del no querer ser entendido de manera inmediata... con el resultado de que esta figura mira despectivamente la conversación simple y llana que cualquiera puede enseguida entender; podríamos decir que la ironía se mueve en una incógnita exclusivista y mira desde las alturas, compadeciéndose del habla ordinaria, prosaica... Tal como los príncipes y las princesas hablan francés, los círculos más altos (esto



por supuesto debe ser entendido de acuerdo a una ordenación intelectual según el rango) hablan de manera irónica de modo que la gente común no sea capaz de entenderlos, y desde esa perspectiva la ironía se enmarcaría en un proceso de auto aislamiento; no quiere ser entendida por todos” (Cross 1995, p. 128).

La ironía verbal no pasa de ser una manifestación de la vida irónica, y a veces ni siquiera eso. La esencia de la ironía radica en manifestar “La contradicción de que lo exterior no sea lo interior”. El irónico elude la participación sincera en la conversación y se abstiene de un compromiso directo con los otros. Asume una función no protagónica frente a los demás, aunque a lo mejor llamativa para quienes son capaces de captar ese matiz, leve o poderosamente irónico. En cualquier ejemplo simple de un comentario irónico, el hablante difícilmente presupondrá que habrá una persona en ese lugar que tomará su comentario de manera literal. Tanto el hablante como el oyente se consideran a sí mismos como “entendiendo” lo que se pretende decir.

Kierkegaard establece una estrecha relación entre palabra y pensamiento, pues no existe el uno sin el otro. “Si tomo, por otro lado, al sujeto hablante, tengo también una determinación común a toda ironía, a saber, que *el sujeto es negativamente libre*. Cuando, al hablar, cobro conciencia de que aquello que digo es lo que pienso, y que lo dicho es la expresión adecuada para lo que pienso, y presupongo que aquel a quien hablo recibe cabalmente en lo dicho aquello que pienso, en ese caso estoy atado a lo dicho, es decir, soy positivamente libre. A esto se aplica el antiguo verso: *semel emissum volat irrevocabile verbum* <tan pronto como se la emite, la palabra vuela, irrevocable>. Estoy atado incluso con respecto a mí mismo, y no puedo librarme de ello en el momento que quiera. Si, en cambio, lo dicho no es lo que pienso o es lo contrario de lo que pienso, en ese caso soy libre respecto de los demás y de mí mismo” (Kierkegaard 2000, p. 276). Para el filósofo danés hay una libertad positiva en el individuo que al hablar expresa adecuadamente lo que piensa, y es comprendido por otro del mismo modo. Esta libertad positiva consiste en quedar atado a lo que uno dice. En cambio, uno es libre respecto de los demás y de uno mismo si lo que se dice no es lo que se piensa o es lo contrario de esto. “La libertad del irónico consiste en estar absuelto de sus propias palabras” (Hartshorne 1992, p. 35).

En todo caso, Kierkegaard es muy claro en afirmar que el hablar irónico no requiere la presencia de otros que “entiendan”. Por ejemplo, si contamos un chiste que nadie comprende nuestras intenciones se frustran. También es un fracaso cualquier alusión esotérica con la cual querriamos impresionar a otros mostrando la propia erudición, pues su objetivo es separar a los superiores iniciados de los inferiores no iniciados y dejar al hablante dentro del primer grupo. Así, mientras más pequeño sea el grupo de iniciados, mayor será el sentimiento de superioridad que les acompaña; en cambio, mientras más superior se sienta uno, menor necesidad habrá del reconocimiento de los otros y aumentará el goce de hacer alusiones que ni siquiera alguien culto puede entender. Lo mismo sucede respecto del habla irónica. En ese sentido, podremos pensar la ironía no como un problema de expresar lo contrario de lo que uno cree estar diciendo, sino de parecer a algunos (los discernidores) estar diciendo lo contrario de lo que uno parece estar diciendo para otros (los ingenuos).

Mientras más sea el discernimiento requerido, mayor será el especial que la penetración o la producción de tal habla provocará.

El hablar directo o no irónico expresa compromisos de diferentes tipos. Se afirma algo muy concreto. Pero cuando de modo deliberado decimos algo que puede interpretarse de distintas maneras, no nos comprometemos a creer ninguna de las proposiciones que podría pensarse estamos afirmando. “Cuando al hablar estoy consciente de lo que digo es lo que quiero decir y de que lo que he dicho expresa de manera adecuada lo que quiero decir, y asumo que la persona a la que estoy hablando capta lo que quiero decir por completo, entonces estoy atado a lo que se ha dicho... También estoy atado con respecto a mí mismo y no puedo liberarme en el momento que quiera. Sin embargo, si lo dicho no es lo que quería decir ni lo contrario de lo que quería decir, entonces estoy libre con respecto a los demás y a mí mismo” (Cross 1995, p. 130).

Sucede que en el fondo, “Kierkegaard contrapone la comunicación directa con la comunicación irónica. En la comunicación directa, en que se dice lo que se pretende decir, el hablante pasa a depender enteramente de lo que es dicho; en cambio en la comunicación irónica, en la que no se dice lo que se pretende decir, el hablante queda libre tanto respecto de los otros como respecto de sí mismo. La curiosa libertad del irónico consiste, pues, en quedar absuelto de sus propias palabras. Hay dos formas fundamentales de la ironía: expresar seriamente algo que no pretende serlo y afirmar jocosamente algo que no lo es. En los dos casos hay un engaño” (Kierkegaard 1999, pp. 30-31).

Esta ironía verbal radical es la forma más pura de ironía porque la actuación externa del irónico es la manifestación de un intento de expresar oralmente una creencia u otra. Para Kierkegaard es posible afirmar que en ese nivel el individuo irónico no tiene ningún interés en comunicar nada, sea directa o indirectamente, engañosa o no engañosamente. Su interés exclusivo es deleitarse en el placer que causa la libertad de jugar al hablar y de emitir comentarios que pueden ser interpretados de modos muy diversos. “El disimulo... tiene un propósito (el engaño del oyente por medio de la afirmación), pero ese objetivo es externo, ajeno al disimulo mismo...el propósito (de la ironía) no es otro que la ironía misma. Si, por ejemplo, el irónico se representa como alguien distinto de lo que realmente es, su propósito parece ser conseguir que otros crean eso, pero su verdadera intención sigue siendo sentirse libre, lo que consigue precisamente por medio de la ironía...” (Cross 1995, p. 132).

Un hablante irónico radical tiene tres grandes modos de ser libre. Primero: dado que su lenguaje es ambiguo, está liberado de la responsabilidad que tiene alguien que dice algo con un significado simple y directo. Ni siquiera se le puede acusar de mentir o de ser culpable de un error. Segundo: su orientación hacia la práctica de la conversación misma está exenta de compromiso, ya que para él todo se reduce a una especie de juego-actuación; no está comprometido en absoluto en la conversación sino solo fingiendo conversar, al igual que un actor que recita su papel en el escenario. Tercero: tampoco se le atribuye la responsabilidad de que el discernimiento del oyente le permita comprender la intención con la que habla. El irónico es libre

respecto del oyente si su intención es solo producir acertijos sin solución, no importándole la interpretación que le otorgue el oyente.

El irónico no toma en serio la conversación. Actúa más superficialmente como alguien involucrado en la práctica de la conversación, pero que no participa de su objetivo fundamental: la comunicación. Su postura es la de producir comunicación sin tener la intención de hacerlo. Es una vinculación externa, pero internamente repudia sus objetivos y los trata como un juego. Ahora bien, la persona que vive irónicamente, además de hablar como tal, forma parte de la vida social, paga impuestos, va al trabajo y a las reuniones, pero no considera seriamente ninguna de esas prácticas, sino que todo es un juego. Más aún, solo está jugando a participar. Les declara su oposición a esas prácticas, pero les sigue el juego, produciendo confusión o engaño en el resto que participa de las mismas prácticas.

Así, quien adopta esta actitud, se distancia o aleja no solo de la práctica en la que supuestamente participa, sino también de aquellos con los que supuestamente se involucra en dichas prácticas. Lo único que lo satisface de este ejercicio es su juego-actuación. Y para el irónico no solo los oyentes o interlocutores son irrelevantes, sino también los amigos, vecinos, conciudadanos, enemigos. Kierkegaard señala que el irónico está en una gran altura, ya que se alza por encima de toda la humanidad, de todas las relaciones interpersonales.

Para el irónico hay un fuerte placer en liberarse a través de la ironía de las restricciones que le impone la continuidad de las condiciones de vida. El irónico se disocia de los demás, pero además se separa de sí mismo, de la persona corporeizada en lo social que ha sido y que ahora sólo juega a ser. Esto, aunque parezca esquizofrénico, no recomendable y no deseable, constituye una mejora respecto de la forma de vida que rechaza, porque constituye el quiebre del ser con la "inmediatez".

### *3. La inmediatez de la vida irónica*

La inmediatez en Kierkegaard es lo que se da de manera directa. Por ejemplo, la naturaleza inmediata propia son aquellos rasgos que nos son dados; el cuerpo físico, nuestra posición temporal, nuestra identidad determinada socialmente, etc. Otro ejemplo: para que uno esté en una relación de inmediatez respecto de algo no puede esta relación estar mediada por la reflexión crítica. En este caso hay múltiples ejemplos: la inmediatez sensual de don Giovanni, la confianza irreflexiva de un niño en sus padres y en el mundo, la búsqueda irreflexiva de deseo-satisfacción del individuo, etc.

Además, es necesario afirmar que vivir una vida inmediata es tomarla tal como se presenta, o sea, acogerla casi como un proceso en el que uno se encuentra a sí mismo y aceptada con simpleza como el modo en el que son las cosas. Uno se encuentra en una sociedad dada, con ciertas disposiciones y preferencias, obligado a cumplir con ciertas normas sociales. Es buena suerte cuando nos suceden cosas buenas y mala suerte cuando nos ocurren cosas malas. Por consiguiente, la persona inmediata persigue lo que cree bueno sin reflexionar o cuestionar su bondad, sin tampoco

considerar si sus propios deseos e ideales deben ser transformados o modificados, o si las normas de la sociedad tienen una autoridad legítima sobre él.

Para el pensador danés del siglo XIX, dejar de vivir esa vida de lo inmediato exige que uno se disocie y a su vez mire como externo la totalidad de su naturaleza inmediata. Ese desapego extremo respecto de lo que uno hasta ese momento ha considerado como el propio ser es el movimiento hacia la ironía. El irónico se separa de su ser, y de la vida que ha sido suya hasta ese momento; deja de identificarse con la identidad y las metas que le han sido dadas en virtud de su ubicación social en el mundo, que incluye su historia y su educación.

Por ello, la ironía es el “despertar de la subjetividad”; esto es, el despertar de la concepción del individuo como sujeto, algo separado y no determinado por una cierta entidad histórica dada de manera inmediata. No obstante, el irónico no posee una concepción positiva de una forma de vida concreta que no reduzca esta mera inmediatez. Su libertad es solo negativa, libre de las restricciones impuestas por la sociedad, pero no consiste en la libertad positiva de vivir una vida auténticamente propia. Su actitud es nihilista hacia la existencia social y hacia otros aspectos inmediatos de la vida humana. Con su ironía conserva el desapego de esas preocupaciones y actividades que supuestamente tienen un propósito y que constituyen la vida social de una persona.

¿Cuál es la actitud del irónico respecto de sí mismo, es decir, de su ser irónico que se mantiene fuera del ser social? Si el irónico toma realmente en serio su existencia entonces su ironía ya no es absoluta o total, ya que un tipo de vida él no repudiaría, precisamente la vida irónica. Y así su desapego no le llevaría al extremo de desapegarse de su propio desapego.

Para poder tener una actitud de absoluto desapego irónico, ésta ha de disociarse de la propia ironía, lo que arriesga un movimiento circular infinito y sucesivo del desapego irónico al desapego irónico. El irónico se repliega permanentemente. Sin embargo, si el irónico mira irónicamente su propio ironizar, pierde una cualidad fundamental de la ironía: el sentir su propia diferencia y su superioridad respecto de aquello (y de aquellos) contra los que se dirige su ironía. Así, el ironizar se convierte para él en otra actividad sin sentido en la que finge involucrarse, sin tomarla en serio o sin identificarse con ella. El irónico no puede considerarse a sí mismo constantemente como irónico, como diferente o superior a los demás. “Así, o bien el irónico no adopta una actitud irónica hacia su propio ironizar, en cuyo caso su ironía no sería total, y él no se podría considerar, según Kierkegaard, un verdadero irónico (lo que equivale a decir total), o sí lo hace, en cuyo caso ya no puede considerarse diferente a los demás y nuevamente deja de ser un irónico” (Cross 1995, p. 139):

El irónico en Climacus ve todas las cosas por debajo de él mismo. El irónico es libre, aunque lo es negativamente. Si bien el irónico rechaza su naturaleza inmediata con sus búsquedas y metas, no tiene nada positivo que poner o intentar proponer en su lugar. Su situación es precaria. Si voluntariamente excluye su modo de existir de su ironizar, entonces éste no es total; a su vez, si no lo hace, se obliga a ver su posición como mala, tanto como la inmediatez que rechaza.

El irónico de Climacus es capaz de “unir su calidad de individuo evanescente con su necesidad de absoluto”, de verse tanto como un ser inmediato y como un ser capaz de basar su vida en un ideal que trasciende la inmediatez; dado que entiende la naturaleza de ese ideal.

El irónico es capaz de percibir la contradicción en su naturaleza, y ve también que estos elementos contradictorios pueden ser reconciliados si él, en su libertad, toma el sueño de su ser finito e inmediato, si toma para sí la satisfacción de la “necesidad de absoluto”. Ve además una salida y soluciones que están en sus manos. Puede observar tanto su inmediatez como ironizar sobre ella. Su existencia de irónico, al menos en Climacus, no son unas amarras de las que no pueda huir, sino un hogar en el cual escoge habitar.

En Kierkegaard se manifiesta como evidente una visión del ironista como alguien superior. El sujeto irónico posee una percepción extremadamente aguda de la realidad y, en consecuencia, potencia al máximo su capacidad para relacionar entre sí, y también relativizar, todas las cosas del mundo con el fin de presentarlas como irónicas ante sí mismo. Su figura es la del espectador distanciado de un drama que no le concierne. “Lo que más fascinaba de la ironía al filósofo danés era su carácter de estrategia de la conciencia, de poder negativo que permite al escritor desligarse tanto de sus palabras como de sí mismo” (Ballart 1994, p. 102).

La lectura de los escritos del filósofo danés sobre la ironía revela su inquietud por un aspecto clave. Es el hecho de que en la ironía sus dos ramificaciones esenciales son la ética y la estética. Ninguna de las dos puede soslayarse. Piensa Kierkegaard que una expresión propia de la ironía, el vértigo entre orgullo y humildad, fácilmente puede convertirse en una forma poco feliz de elitismo, que “mira por encima del hombro, por así decirlo, el habla normal y corriente que todos pueden entender de inmediato; viaja de riguroso incógnito... Se da principalmente en los círculos superiores, como prerrogativa que pertenece a la misma categoría que el *bon ton* que obliga a sonreír ante la inocencia y a considerar la virtud como una especie de mojigatería” (Ballart 1994, p. 104). No es extraño que esto sea así, cuando se recuerda que para Kierkegaard la persona realmente irónica es quien no desea ser entendido, y más bien goza permaneciendo en el anonimato de la incertidumbre. “La ironía llevada hasta sus últimas consecuencias es libre, libre de todas las preocupaciones de la actualidad, pero libre también de sus gozos, libre de sus bendiciones. Si no tiene nada superior a sí misma, quizá no reciba ninguna bendición de nadie, pues es siempre el de condición superior el que bendice al de condición inferior. Esta es la libertad a la que aspira la ironía” (Ballart 1994, p. 105).

En Kierkegaard la ironía supone conjugar dos ámbitos incompatibles: el de la trascendencia y el de la contingencia. Existir es paradójico y la humanidad se consume evitando esta paradoja o no tratando de resolverla. Pero como la negatividad de la ironía únicamente conduce al “nihilismo de una duda metafísica descomprometida”, Kierkegaard señala que es necesario “domar” la ironía, sobreponerse a ella para que la realidad sea actualizada y se produzca entonces “un retorno al hogar de todas las cosas”.

Kierkegaard parece querer acercar el concepto de ironía a sus valores cristianos. Poco después de la presentación de su tesis escribirá lo siguiente: “La idea más desastrosa es que la elocuencia haya llegado a ser el medio para la proclamación del cristianismo. El sarcasmo, la ironía, y el humor quedan mucho más cerca de lo existencial del cristianismo” (Ballart 1994, p. 106).

Josiah Thompson señala que es factible establecer que “domar” la ironía significa en el pensamiento de Kierkegaard “armonizar su vértigo negativo con unos ideales de fe en la trascendencia”, con lo cual esa fuerza de la ironía en mostrarnos la finitud e incapacidad de las cosas humanas se transforme en un valor positivo que permita al ser humano encontrar a Dios en el reconocimiento de las propias debilidades. La ironía es una categoría existencial, es decir, es una herramienta poderosa que puede mostrarnos el sentido de nuestro error y guiarnos en el camino hacia la verdad.

Si bien Kierkegaard parece instalarse en una zona fronteriza entre la fe y la ironía, resulta algo violento subordinar la ironía a una especie de sistema cerrado de creencias, pero lo mismo le acontece al pensador escandinavo cuando trata sobre la angustia, que manifiesta un idéntico vaivén del sujeto para forjar su propio destino, su falencia para juzgar certeramente su lugar en el mundo y la necesidad de apelar a instancias que le sean superiores, como la divinidad, dueña de un conocimiento total. Desde esta perspectiva, Pere Ballart considera que la lectura más inteligente que cabe hacer de la concepción de Kierkegaard acerca de la ironía es aquella que concede “plenos poderes a la ironía y alienta su tarea disolvente, pero tan sólo dentro del marco estricto de la obra artística, de suerte que toda posibilidad de canalizar los cuestionamientos irónicos en orden a una ideología determinada corra exclusivamente a cargo del receptor —ya sea lector o espectador— de la obra en cuestión” (Ballart 1994, p. 108). Así entonces, le es posible al ironista gozar de una libertad prácticamente sin límites, puesto que queda en condiciones de desencadenar cuantos contrapuntos irónicos desee. Busca que lo entiendan, pero no literalmente. Se satisface en la soledad de su impostura, que de él mismo depende que no se descubra y consigue su propósito cuando confunde a la gente o cuando inesperadamente les causa perplejidad.

### Referencias bibliográficas

- Akselbo, Elisabeth; Billeskov Jansen, F.J. y Rovsing Olsen, H. (1994), *Vida y obra de Søren Kierkegaard*. Copenhague: Real Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca, Ministerio de Cultura y Ministerio de Educación.
- Aristóteles (1985), *Ética a Nicómaco*. Madrid: Editorial Gredos.
- Ballart, Pere (1994), *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Cross, Andrew (1995), *Neither either nor or: The perils of reflexive irony*. Cambridge University Press.
- Hartshorne, M. H. (1992), *Kierkegaard: el divino burlador*. Madrid: Ediciones Cátedra.

- Jolivet, Régis (1950), *Introducción a Kierkegaard*. Madrid: Editorial Gredos.
- Kierkegaard, Søren (2000), *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates*. Madrid: Editorial Trotta.
- Kierkegaard, Søren (1997), *Migajas filosóficas*. Madrid: Editorial Trotta.
- Kierkegaard, Søren (1980), *Mi punto de vista*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Kierkegaard, Søren (1999), *Diapsálmata*. Santiago: Be-uve-dráis Editores.
- Paideía Kai Paidiá* N<sup>o</sup> 1 (1999). Viña del Mar: Instituto de Humanidades de la Universidad Adolfo Ibáñez.
- Poole, Roger (1993), *Kierkegaard: the indirect communication*. Virginia University Press.
- Ramírez, José Luis (1992), *La existencia de la ironía como ironía de la existencia*. Scripta Vetera (edición electrónica, ponencia leída en el Seminario de Antropología de la Conducta), Universidad de Verano, San Roque, Cádiz.
- Schlegel, Friedrich (1983), *Obras selectas*. Madrid: Publicaciones de la Fundación Universitaria Española.
- Tovar, Antonio (1984), *Vida de Sócrates*. Madrid: Alianza Editorial.

#### Resumen / Abstract

Este artículo presenta una visión acotada del pensamiento de Søren Kierkegaard respecto de la ironía. En primer término, se profundiza en el juicio del filósofo danés sobre el significado del concepto, la superioridad que le atribuye y los distintos tipos de ironía que existen. Asimismo, se muestra el ejemplo de Sócrates, como máximo paradigma de alguien irónico. También se da cuenta de las relaciones entre el pensamiento y el hablar irónico, así como el hecho de que la vida irónica se caracteriza por un rasgo clave: la inmediatez.

*This paper presents a partial view of Søren Kierkegaard's thinking about irony. We first examine the philosopher's understanding of the meaning of this concept, the positive value he ascribes to it and the different kinds of irony. Thereupon, we propose the example of Socrates as the paradigm of an ironic person. It also gives an account of the relations between ironic thought and ironic speech, and of the fact that ironic life is characterized by a key feature, viz. immediacy.*